Manuel García

Shakespeare

MACBÉ,

ó

LOS REMORDIMIENTOS:

MACBÉ,

Ó

LOS REMORDIMIENTOS:

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

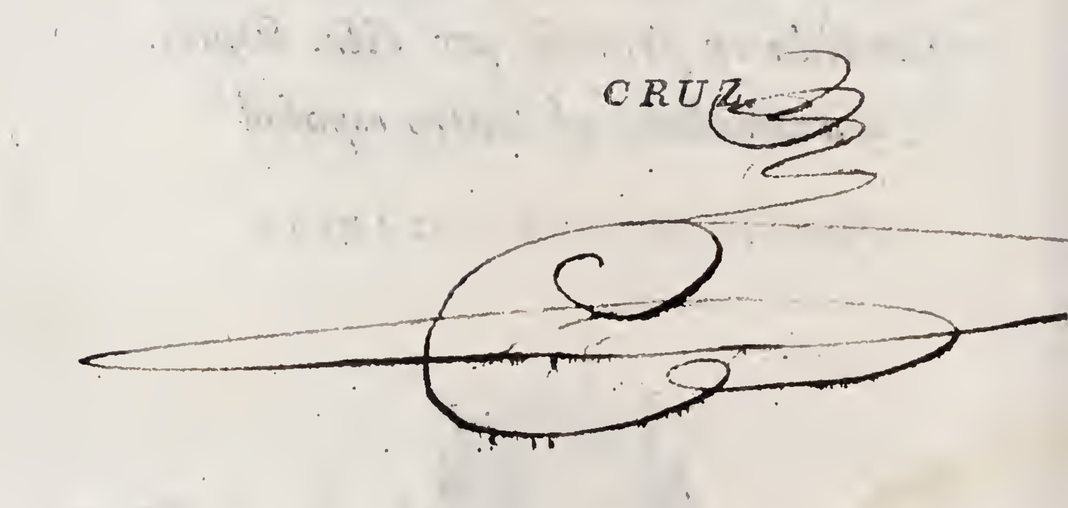
Escrita en inglés por Shakespeare, refundida en francés por Mr. Ducis, y acomodada al teatro español

POR D. MANUEL GARCIA.



MADRID 1818.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

No serán impresos legítimamente los ejemplares que no lleven la firma del editor



ADVERTENCIA.

Esta tragedia Inglesa, refundida por Mr. Ducis y traducida en castellano, se representó hace ya algunos años en el teatro de los Caños del Peral, y no tuvo el éxito que se esperaba, tal vez por los defectos del original francés.

La representacion de Oscar, ejecutada por Isidoro Maiquez, primer actor del coliseo del Príncipe, me excitó la idea de reformar el Macbé. Emprendí este trabajo, en el cual me he tomado la libertad de trastornar el

plan de algunos actos, invirtiendo el órden de las escenas: de suprimir, alterar y añadir lo que me ha parecido conveniente para dar mas interes y regularidad á esta pieza. Creo, pues, haber mejorado por este medio la refundicion de Ducis, aunque dejando todavía algunos defectos notables, que conozco, y confieso ingénuamente que no he podido corregir.

Mi objeto ha sido únicamente proporcionar á aquel actor célebre un medio de ejercitar su talento, y al público el espectáculo de ver expresados los remordimientos de un regecida, por el mismo á quien ha visto pintar con tanta verdad y maestría el

frenesi de Oscar , las furias de Orestes , y los celos del Moro de Venecia.

He procurado emplear un lenguage claro y enérgico sin bajeza ni afectacion , y una versificacion facil y armoniosa. No sé si lo he conseguido.

PERSONAGES.

DUNCAN, *rey de Escocia.*

RICARDO, *hijo de Duncan, heredero de la corona.*

ADOLFO, *primer príncipe de la sangre.*

MACBÉ, *príncipe de la sangre, general del ejército de Duncan.*

DEMETRIA, *esposa de Macbé.*

DOLVAN, } *guerreros, bajo las órdenes*
GUILLERMO, } *de Macbé.*

SABINO, *montañés escocés, creido padre de Ricardo.*

SOLDADOS.

GRANDES DE ESCOCIA.

PUEBLO.

La escena es en Escocia en la provincia y palacio de Invernés. El primer acto pasa en el monte del mismo nombre.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa lo que dicen los ocho primeros versos.

ESCENA PRIMERA.

DUNCAN, ADOLFO.

ADOLFO.

¿Dónde vamos, señor? Aquí los cielos,
Cubiertos con los hórridos nublados,
Acrecientan las sombras de estos montes....
¡Qué rocas! ¡qué cavernas! El espanto,
El pavor de este sitio me sorprende.
Solo se alcanza á ver en los peñascos
El vestigio que dejan los torrentes,
Y la señal del fulminante rayo.

DUNCAN.

Adolfo amigo, este desierto inculto,
Que solo inspira horror y sobresalto,
Asusta mucho menos á mi pecho
Que la presencia de un mortal ingrato.

ADOLFO.

¿Qué designio secreto te conduce,

Señor, á este lugar?

DUNCAN.

Aquí un anciano
Al punto ha de venir, y pende solo
Mi dicha y la de todos mis vasallos
De nuestra conferencia.

ADOLFO.

¿Quién merece
Los secretos saber del soberano
Por su virtud?

DUNCAN.

Un hombre, que venciendo
La dura adversidad con el trabajo,
Disfruta con su esposa y con sus hijos
Entre esas breñas plácido descanso.
Muy pronto le verás, y en tu presencia
Hablaremos los dos: nuestros arcanos
Vas á saber.

ADOLFO.

Señor, yo te agradezco
Esa confianza con que me honras tanto.
Siempre la merecí: tus infortunios
Me hicieron derramar acerbo llanto.
Cuando la muerte arrebató sangrienta
Tu hijo querido en sus primeros años
¡Cuál gemí de pesar!... Cador impío

Cometió tan atroz asesinato.
¡Sed feroz de reinar, á qué delitos
No arrastras á los míseros humanos!
Ese rebelde, que usurpar intenta
Tu poder y tu cetro soberano,
Encubriendo sus crímenes astuto
Y falaces derechos alegando,
Con dádivas y ruegos y promesas
Consiguió deslumbrar el vulgo vano,
Disputarte atrevido la corona,
Y sublevar en fin á tus vasallos.
Ellos entonces ciegos y rebeldes
Contra su rey las armas levantaron.
Escocia, nuestra patria, ardiendo toda
En guerras y furor, fue duro campo
donde todos armados defendian
O de Cador, ó de Duncan el bando.
Dividida en facciones poderosas
Su exterminio total nunca lograron:
Y en medio de la sangre y la discordia
Que destroza frenética el estado,
Ni el pueblo halla su rey, ni el rey su pueblo.

DUNCAN.

¡Ay amigo! Yo entonces engañado
No sospechaba tan atroz delito.
¡Cuál me engañó Cador!...Hombre malvado,

Yo te juzgué leal y generoso
Al punto que eras mi mayor contrario.
¿Cómo pensar que el cielo de trofeos
Hubiera sus banderas coronado,
Y la victoria de laurel su frente?
Yo, Adolfo, ví mi corte vacilando
Entre los dos partidos: yo ví muchos,
La justicia y honor abandonando,
Al impío Cador vender sumisos
Su valor, su poder, su infame brazo.
¿Y es este el premio á mi virtud debido,
Dioses justos? ¡El cetro soberano
me arrancará un traidor!... Si nuevo triunfo
Consigue por mi mal, yo sin amparo
A su cuchilla rendiré mi cuello,
O huyendo su furor y sus estragos,
Incierto asilo buscaré en las selvas
Contra mi injusto y pérfido adversario.

ADOLFO.

Disipa ya, señor, esos terrores
Hijos del infortunio, que inhumano
Te persigue: no debes abatido
La adversidad temer, ora que osado
El valiente Macbé lleva tus huestes
A la victoria, y con invicto brazo
Defiende tu diadema. ¿No reparas

Con qué prudencia, silencioso y cauto,
Seguro de vencer, observa atento
El ejército vil de tu contrario?
¿Cual sin cesar le estrecha? ¿cual le acosa?
No está lejos el dia suspirado
En que Macbé felíz te restituya
La corona, y la paz á tus vasallos.
El intrépido Herfor sus huellas sigue...
De su fidelidad ¿tienes acaso
Motivo de dudar? En todos tiempos
Tu estimacion han merecido entrambos.

DUNCAN.

Jamas de Claudio sospeché tampoco,
Y prometió entregar el inhumano
Mi cabeza á Cador. Cuando al abismo
Nos conduce un traidor, no nos es dado
Penetrar su doblez hasta el momento
De nuestra destruccion. Así engañados,
Pródigamente á veces, á un perverso,
A los hombres mas pérfidos amamos.

ADOLFO.

Pero Macbé y Herfor, que son tus deudos,
Que heredarán el cetro soberano
Despues que muera yo, que tu esperanza
Fundas en su valor y sus cuidados,
¿Te pueden de su fe dejar sospechas?

¿Por qué siempre tus ojos enclavados
En la tierra, cubiertos de tristeza
Luchan por contener su acerbo llanto?
¿Puede á Duncan vencer la adversa suerte?

DUNCAN.

Si el cielo en su favor no hubiera dado
Al hombre la virtud; si al mismo tiempo
Que le atormenta algun fatal presagio
No le alentára enérgica, ¿pudiera
La incertidumbre soportar acaso,
Ni el temor de los males venideros?
Querido Adolfo, con franqueza te hablo:
El término final de mi carrera
Cual fatigado caminante aguardo
Que al retirar su luz el claro dia
Busca un sitio de paz y de descanso.
Van á cerrarse en perdurable sueño
Mis ojos tristes de vivir cansados.
Al mústio resplandor de unas antorchas
He visto entre las sombras aterrado
Abrirse mi sepulcro. Temí entonces
Ceder á la ilusion de un terror vano...
Mas ¿por qué resistir y desecharla?
De qué nace, no sé, mi sobresalto:
Sin rubor le confieso: me abandono
A la ley imperiosa de los hados,

Y morir como rey solo deseo.–
Si el destino fatal ha señalado
Su víctima infelíz, el mundo todo
Con esfuerzos enérgicos, en vano
Intentára impedir el cumplimiento
De su tremenda ley: ningun amparo
La fuga nos ofrece, porque entonces
Inflexible y feroz sale á encontrarnos.
Si mis desgracias á su fin se acercan;
Si los cielos, amigo, han decretado
Tu vida prolongar; si yo perezco...

ADOLFO.

Vive, reina, señor...

DUNCAN.

Ya nada aguardo.

ADOLFO.

Ese presentimiento es engañoso.

DUNCAN.

Pero es inevitable, involuntario:
Te diré mas aún. Esos errores
Que el vulgo necio cree y adora tanto,
Me llenan de terror. Dicen ahora
(Y no son en verdad rumores falsos)
Que la terrible y pálida Ifictona
En esta soledad se ha presentado.
Intérprete y ministro de los dioses,

Se aparece y oculta á los humanos:
El fin de las grandezas y la muerte
Predice á todos con semblante airado;
Y es el testigo por los dioses puesto
De los delitos de la tierra infandos.
Tambien han dicho que las tres hermanas,
Esas furias del Norte, que temblando
Conocen todos ya; las que furiosas
Animaban los pérfidos soldados
Del intrépido Odin, y derramaban
El frenesí, la muerte y los estragos;
Escondidas están en el desierto,
Donde el bravo huracan en los peñascos,
Y los torrentes espumosos braman.
Entre yertos cadáveres robados
A los sepulcros; entre rotos huesos,
Y terrores y asombro; preparando
Crímenes espantosos que los hombres
Pronto cometerán desenfrenados;
Con misteriosas voces y conjuros
De la tierra perturban el descanso,
Estremecen las bóvedas del cielo,
Y del abismo aumentan el espanto.

ADOLFO.

Me aterras con tu voz... Un hombre solo
Aquí se acerca.

ESCENA II.

DUNCAN, ADOLFO, SABINO.

DUNCAN.

Respetable anciano,
Tú, que una vida larga, y la experiencia
Juntas á la virtud, á cuyas manos
Fié el único bien que en mis desgracias
Los cielos compasivos me dejaron:
Dime si vive aún mi tierno hijo.

ADOLFO (1).

¡Qué es lo que escucho, cielos!

DUNCAN.

Sí:... Ricardo,
El único heredero de mi trono.

ADOLFO.

Yo me gozo en tu dicha.

DUNCAN.

Adolfo amado,
Tu cariño conozco... (2) Mas, responde.

SABINO.

Siempre, señor, con paternal cuidado
Su infancia conservé: creyendo todos
Que es uno de mis hijos, he logrado
Del hierro de Cador librar su vida.

---

(1) Con alegría. (2) A Sabino.

Perpetuo compañero en mis trabajos,
No sabe que la sangre de sus venas
Sangre de reyes es. Fue necesario
Ocultarle su ilustre nacimiento
Para evitar que aquel orgullo vano
Le perdiese tal vez. Habeis querido
Que ignore sus derechos soberanos
Porque mas justamente los merezca...
¡Cuando querrán benéficos los hados
Declararse por fin en favor nuestro!
Me han dicho que al ejército contrario
Ha cercado Macbé, que en este dia
Salvará la corona y el estado.
Si no me contuviera el celo ardiente
De conservar el príncipe Ricardo,
¡Con qué ardor al combate volaría
Contra Cador, gozoso derramando
Esta sangre, señor, que hirviendo corre
Todavía en las venas de este anciano!

DUNCAN.

Tiempo es, Sabino, ya de que mi suerte
Se decida por fin: hoy en el campo
Sentenciará la ley de los combates
Entre Cador y yo. Si el temerario
Saliere vencedor, cuida, Sabino,
Que no sepa jamas mi hijo Ricardo

Su ilustre nacimiento, y ambicioso,
Por recobrar el cetro soberano,
Vuelva á sembrar en la infelíz Escocia
Luto y desolacion... ¿Y en vez del mando,
El orgullo de un rey sin la diadema
Solo le dejaré? No: que ignorado
Viva por siempre, y sin temer la envidia
Goce en su oscuridad paz y descanso.
Pero si el cielo la victoria otorga
A mis armas tal vez, si llega el caso
Que el hijo de Duncan ocupe el trono...
(1) ¡Qué pronuncio infelíz!... ¡Si es un tirano,
Si es un mal rey, si engaña mis deseos!...
Respóndeme, Sabino.

SABINO.

¿Qué cuidado
Os agita, señor? Hablad.

DUNCAN.

¿Prometes
Decirme la verdad?

SABINO.

Nunca mi labio
Supo mentir.

DUNCAN.

Responde, cual si ahora

(1) Aparte.

Te escuchasen los dioses sacrosantos.
¿Del carácter del príncipe, qué juzgas?

SABINO.

Señor, en nuestros rústicos peñascos
Las virtudes domésticas tan solo
Le he podido enseñar: á ser humano,
A respetar la sencillez humilde
De esos hombres intrépidos y osados,
De aquellos beliciosos montañeses
Endurecidos ya con el trabajo,
Sensibles al honor, y que la muerte
Desprecian por su rey: que son soldados
Desde la cuna misma, encanecidos
En las batallas: que despues de largos
Servicios y victorias, cuando vuelven
A la paz de su alvergue solitario,
Las anchas cicatrices para ejemplo
Enseñan á sus hijos asombrados.
Yo quise que en sus juegos imitase,
Enemigo del ocio y los halagos,
Los hijos de estos héroes, esos hijos
De nuestros montes y ásperos peñascos,
Nacidos en la margen espantosa
De los torrentes, prontos y arrojados
Como sus ondas rápidas: y quise
Inspirarle, señor, como á un vasallo,

Invencible denuedo y fortaleza,
Y amor inextinguible al soberano.
Estos son los amigos que animosos
Su tierna juventud acompañaron.
Debí formar un hombre, y ha vivido
Lejos siempre del ocio y del regalo.
Tal fue su educacion.

DUNCAN.

Tú has prometido
Decir, Sabino, la verdad.

SABINO.

Y exacto
Mi palabra cumplí.

DUNCAN.

¿Será valiente?

SABINO.

El valor ha crecido con sus años.
He advertido gozoso en sus miradas,
De nuestros montañeses denodados
La audacia, la fiereza: vigoroso
Le he visto en el torrente arrebatado
Domar las ondas, y salvar sin miedo
Los precipicios con ligero salto:
Por el dia en las puntas de las rocas
El huracan violento despreciando,
Y de noche pedirme que le cuente

El furor de la guerra y sus estragos.
¡Cual de Cador detesta los delitos!
¡Cuál derramaba doloroso llanto
Por sus heroicas víctimas! Un dia
"Ven conmigo (le dije) ven al campo
"A pelear por tu rey, y dar la vida
"por tu patria." Y entonces escuchando
Estos amados nombres se encendia,
Y espada y lanza me pidió gritando.

DUNCAN.

¿Será justo?

SABINO.

Su amor es la justicia.

DUNCAN.

Él será vuestro rey. Si afortunado
El invicto Macbé rompe y destroza
El ejército vil de conjurados
Mandado por Cador, en este dia
Al trono augusto subirá Ricardo,
Y mi corona ceñirá su frente.
(1) Tú cuidadoso velarás en tanto
En su seguridad... ¡Plegue á los dioses
Los ruegos escuchar de un desdichado! (2).

---

(1) A Sabino. (2) Duncan y Adolfo salen por un lado, y Sabino por el opuesto.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un palacio vasto y antiguo, donde se cruzan bóvedas largas y tenebrosas. Ha de tener un aspecto terrible.

ESCENA PRIMERA.

SABINO, RICARDO.

SABINO.

Ricardo, todos presurosos vuelan,
Todos de amor y asombro poseidos
Salen á recibir nuestros guerreros.

RICARDO.

¿Y tú no vas, oh padre?

SABINO.

No, hijo mio.
(1) Ignóre que á Duncan el ser le debe.

(1) Aparte.

RICARDO.

Al fin Macbé con brazo vengativo
Del vil Cador los crímenes castiga.
Se acabaron las guerras y delitos
En el combate de Invernés sangriento.
¡Venturoso Duncan!

SABINO.

Hijo querido,
¡Ay! acaso el temor y las sospechas
Destruyen su ventura. Si el invicto
Macbé pone en sus sienes la corona,
Si Herfor tambien valiente le ha servido,
Ve con dolor de Claudio la perfidia.
Los jueces imparciales su castigo
Hoy han de pronunciar, y en el cadalso
Aquel infame pagará el delito.
Pero solo pensemos en la gloria
Del ilustre Macbé: tú en este sitio
En breve, amigo, le verás triunfante.

RICARDO.

¡Cielos, con qué placer y regocijo,
Despues de ausencia tan penosa y larga,
A abrazar volverá su amado hijo!
¡Si yo hubiera logrado en este dia,
Despues de haber á nuestro rey servido,
Venir con él á verte!... Pero entonces

Te hubiera abandonado en tu retiro.
Mi suerte afortunada y envidiable
Ha unido mi vivir á tu destino.

SABINO.

Así lo creo; pero acaso un dia
Te podrán arrancar á mi cariño
El ardor de la gloria y el renombre,
O la sed de grandeza y poderío.

RICARDO.

¡Yo abandonar jamas mi anciano padre!

SABINO.

¿Sin dolor ni pesar vives conmigo?

RICARDO.

Doy gracias á los dioses por mi suerte.

SABINO.

¿No los juzgas injustos?

RICARDO.

¡Qué delirio!
¿Qué príncipe felíz sobre la tierra
Envidiaré?... Al momento el arco mio
Pondré en su mano, y las agudas flechas,
Y veremos si mas seguros tiros
Lanza que yo á las fieras de los bosques.
Mi alma está pura, oculto y libre vivo:
¿Hay suerte mas felíz?

SABINO.

¿Pero si Escocia
Te ofreciera su trono y su dominio?...

RICARDO.

¿Quién soy para reinar? Gracias al cielo
Que mi humilde nacer de los peligros
Me liberta del mando y la diadema.
Si el primer sol Duncan hubiera visto
En nuestras selvas, venturoso entonces
Para siempre jamas hubiera sido.
Á tí, que el ser me diste, y cuidadoso
Mi fragil juventud has dirigido,
Te juro por los dioses, que si un padre
Me diesen á escoger al gusto mio,
Si me ofreciesen hoy con la diadema
Ser de Duncan afortunado hijo;
Volvedme mis desiertos, les dijera,
Y el padre que me dísteis en Sabino.

SABINO (1).

¡Eternos dioses, y el deber me obliga
A habandonarle para siempre!

(1) Aparte.

ESCENA II.

Los precedentes, DEMETRIA, DOLVAN, MONTAÑESES, &c.

DEMETRIA.

Amigos,
Macbé llega triunfante: su victoria
Vuelve á Duncan el cetro esclarecido
Colmándose de honor. Nunca mi esposo
Dicen que se ha mostrado tan activo,
Tan terrible y audaz en las batallas.
Todo tiembla á su aspecto: estremecidos
A vista de sus armas todos huyen.
El vil Cador de pronto acometido
Rinde la infame vida, y al momento
Desaparece su traidor partido.
El cruël Magdonel, aquel malvado
Que á sostenerle aquí resuelto vino,
A las hondas cavernas, á los montes
Huye con sus soldados fugitivos.
Pero, amigos, temblad: ese perverso
Puede intentar aún nuevos delitos,
Y cubierto en las sombras de la noche
Matar al rey. Vosotros prevenidos
Observadle, observad á sus soldados:

Si osan acometer, al punto mismo
Informad á Macbé... Sí, de vosotros
Tal vez depende ya nuestro destino.
(1) ¿Te hallaste en el combate?

DOLVAN.

Y á su lado
De todas sus hazañas fuí testigo.

DEMETRIA.

¿Y tuvo parte Herfor en la victoria?

DOLVAN.

Le sacamos del campo mal herido,
Tinto en su sangre, y animando á todos
Con voces y ademanes expresivos.
Ama su herida, pues su rey se salva.
No hay ningun escocés que enardecido
No se arroje á morir por este premio.

DEMETRIA.

¡Victorioso es Macbé, su triunfo es mio!
Yo la primera fuí, que, despertando
Su valor, en el ocio adormecido,
Hice sola con gloria de la patria
De un príncipe no mas, un héroe invicto.

---

(1) A Dolvan.

ESCENA III.

Los precedentes, MACBÉ, OFICIALES, SOLDADOS, MONTAÑESES, PUEBLO &c. (1).

MACBÉ (2).

Dejad esas banderas. (3) Marcha al punto
A saber si de Claudio el artificio
Se llegó á descubrir, si le sentencian,
Si de traidor le imponen el castigo,
Y si lo aprueba el rey ó le perdona.
(4) Con justicia la muerte ha merecido.
(5) Corre tú á preguntar, si las heridas
Que ha recibido Herfor son de peligro,
Y si podrán del arte los socorros
Salvar ese guerrero esclarecido.
(6) Y vosotros, ilustres compañeros
De mi gloria y afan, volved tranquilos
A entrar en vuestros rústicos alvergues,
A ver vuestras esposas, vuestros hijos,
Y á gozar otra vez entre vosotros
Menos pompóso, y mas felíz destino.
Idos, dejadme ya (7).

---

(1) Macbé entra como vencedor: traen delante las banderas ganadas en el combate. (2) Como distraido. (3) A uno de los oficiales. (4) Aparte. (5) A otro oficial. (6) A los montañeses y soldados. (7) Vanse todos, excepto Demetria.

ESCENA IV.

MACBE, DEMETRIA.

DEMETRIA.

Ven á mis brazos:
Ven á gozar en tu palacio mismo
El amor y la paz. Para un guerrero
Que vuelve de las lides y peligros
Tiene naturaleza que ofrecerle
Mil encantos... Macbé, tu amado hijo..

MACBÉ (1).

Sí: su candor, sus gracias, su belleza
Enagenaron siempre mis sentidos:
Veré gozoso su inocencia amable.

DEMETRIA.

Me parece, Macbé, que estremecido
Tiemblas... ¿Qué pesadumbre?...

MACBÉ.

¡Yo! no tiemblo.

DEMETRIA.

La turbacion en tu semblante miro...
Tú me ocultas algun pesar secreto.
¿Temes que tu victoria haya ofendido

(1) Turbado.

La envidia de un rival, y que procure
Del monarca robarnos el cariño?

MACBÉ.

Hay uno, sí, que envilecerme intenta
En el alma del rey: Norfor lo ha dicho.

DEMETRIA.

¿Quién es?

MACBÉ.

Adolfo.

DEMETRIA.

¡Cielos! No te asombres:
Lo sospecho hace tiempo.¡Y qué! ¿no has visto
Del incauto Duncan con qué destreza
Gobierna la vejéz á su alvedrío?
Yo sé que los derechos de la sangre
Le llamarán al trono y al dominio
De Escocia, muerto el rey; pero no puede
Esta esperanza que su pecho altivo
Halaga sin cesar, desvanecerle
La envidia que le tiene poseido.
Su falta de esplendor vengar intenta
En Macbé, para siempre esclarecido
En felices batallas y combates.
Cruël en la indolencia, audaz, activo
En la molicie, su ambicion infame
Con el ocio se irrita y con el vicio.

¿Cómo en su oscuridad sufrir pudiera
La gloria que hoy tu brazo ha conseguido?
Jamas olvidaré la horrenda noche
Que asaltaron los viles asesinos
Entre la oscuridad nuestro palacio:
Roban, destrozan, con feroz cuchillo
Matan, incendian sin piedad, llenando
De terror y de sangre este recinto.
Despierto al punto, y azorada corro
A salvar de las llamas nuestro hijo...
Yo era madre, Macbé... Vuelo y le saco
De la abrasada cuna, entre los gritos,
Y el humo y los puñales homicidas,
Despreciando á la vez tantos peligros:
Le abrazo estrechamente: aún era tiempo...
Despues que los infames asesinos,
Huyendo de este alcazar, nos dejaron
El silencio y la paz restablecidos,
Cuando al salir el sol, en mi regazo
La prenda volví á ver de mi cariño,
Pensé, Macbé, de nuevo que era madre.
Adolfo entonces de repente vino
A mi imaginacion.

MACBÉ.

Pensar no puedo
Que él armase los viles asesinos.

DEMETRIA.

Norfor podrá aclarar esta sospecha:
Te estima, es justo, próbido, sencillo...
En breve sin dudar conoceremos
Quienes son nuestros fieros enemigos.
Pero yo observo que tus ojos vagan
Mirando lentamente este edificio:
La tristeza, Macbé, cubre tu rostro.
Declara tu dolor al pecho mio.

MACBÉ.

Descíframe, si sabes, un objeto
Que se ofreció á mi vista entre los riscos
Y montes de Invernés, que de este alcazar
Entristecen el lóbrego camino.
Una muger huyendo presurosa
Por delante de mí pasar he visto,
Con un cetro en la mano y en la frente
Una corona real. Yo de improviso
A su ademan, á su mirar terrible
De súbito pavor me he estremecido.
¿Quién puede ser?

DEMETRIA.

¿Y tú no la conoces?
¿No ha sonado jamas en tus oidos
El asombroso nombre de Ifictona?
Los dioses la revelan sus designios,

Vé chocar, arruinarse los imperios,
Los crímenes ocultos, los castigos,
Y penetra los tiempos venideros.
Vienen á consultar sus vaticinios
Desde la Hibernia y las remotas islas.
El cetro augusto que en su mano has visto
Asegura sus sacras predicciones.
Unas veces al soplo embravecido
Del huracan, al ruido de un torrente,
O al pie tal vez de un solitario pino
Consuma sus misterios espantosos:
Otras á los palacios ha venido,
Y sobre el trono con tremendas voces
A los reyes anuncia sus peligros.
En las tinieblas de la noche, oculta
En bóvedas de antiguos edificios,
Su espíritu profético descansa.
Manteniendo en el cielo siempre fijos
Sus ojos penetrantes, que adivinan
De las sacras deidades los designios.
Es ella.

MACBÉ.

¡Santos Dioses!

DEMETRIA.

¿Por qué temes?
Aquí la trae sin duda tu destino.

¿Tu brazo, vengador de nuestros reyes,
Tu gloria y tus hazañas no ha predicho?
¿La audacia de Cador, nuestras discordias,
La muerte de Ricardo, de aquel hijo
En quien el rey fundaba su esperanza,
Que á manos pereció de un asesino?
Si mis presentimientos no me engañan...
¿Quiénes son los que el cetro y el dominio
Lograrán, por derecho de la sangre,
Antes que tú, Macbé? ¿Será el indigno
Claudio, que por Cador tomó las armas,
Y que acaso está próximo al suplicio?
¿Herfor, que, mal herido, temen todos
Que morirá á pesar de nuestro auxilio?
En fin, Macbé, despues que el rey fallezca,
Entre tí y el supremo poderío
Tan solo Adolfo está... Me lisonjea...
Perdona mi flaqueza: el pecho mio
No puede reprimir este deseo...
Habla Ifictona con los dioses mismos...
Aquí debe llegar... ¡Ah! su presencia
Gran ventura promete. Yo concibo
Una esperanza lisonjera... Advierte
Hasta donde tu gloria y heroismo
Te han sublimado: la grandeza ilustre,
Los soldados, el pueblo enardecido,

Todos te adoran. Sí, mucho le debes,
y aun mas le deberás á tu destino.

MACBÉ.

Temeraria, detente!

DEMETRIA.

¿Y por qué causa
No ha de ser á mi mente permitido
Penetrar los secretos de los dioses
Cuando se manifiestan tan propicios?
Sus célebres promesas...

MACBÉ.

No: primero
Ruégales que acrecienten compasivos
La oscuridad.

DEMETRIA.

¿Por qué viene Isictona
A nuestros bosques, y quizá ahora mismo
Está en nuestro palacio? Si su boca
La corona real nos ha ofrecido...

MACBÉ.

¡Desventurada!... Huyamos.

DEMETRIA.

¿Por qué tiemblas?

MACBÉ.

¡Oh, vano error del sueño, triste hijo
De la espantosa noche! no te creo;

Se opone mi razon.

DEMETRIA.

Macbé querido,
¿Así obstinado tu pesar me ocultas?
¿Ni el lazo que formó nuestro cariño,
Ni el amor paternal, ni el dulce nombre
De esposa, tienen ya ningun dominio
Sobre tu corazon? Solo, en silencio
Alimentas y sufres el martirio
De un profundo terror, sin que á Demetria
Quieras por sus amores descubrirlo!
¿De dónde nace tu pesar?... ¿Y siempre
Has de mirar con ojos doloridos
Este augusto palacio? Comunica
Tu triste sueño, y tu dolor conmigo.

MACBÉ.

¡Mi pecho todo se llenó de espanto!...
Mas juzga tú el terror que habré sufrido.
Fatigado al salir de la batalla
Se rindieron al sueño mis sentidos.
Me pareció que solo atravesaba
La oscuridad de un bosque, sumergido
En silencio y horror: sonaba lejos
En las áridas hojas el silbido
Del violento huracan: era la hora
En que el sol, de estas breñas fugitivo,

A los fantasmas de la noche deja
Libremente vagar por esos riscos;
La hora fatal en que aterrados vemos
ilusiones falaces y prodigios.
Junto á una encina que devora el fuego,
A mí se presentaron de improviso
Tres mugeres: ¡qué aspecto! No, los hombres
Semblante mas feroz jamas han visto.
En su arrugada frente se pintaba
Horrible complacencia y regocijo.
Todas tres inclinadas á la tierra
Examinaban con afan prolijo
Las entrañas de un niño degollado,
Consultando sangrientas el destino,
Y de un tremendo crimen cuidadosas
Buscaban la esperanza y el indicio.
Al fin le hallaron, y en accion de gracias
Al cielo entonan cánticos impíos.
Atónito me acerco: "¿Existís (dije),
"O sois tan solo un hórrido prestigio?"
Entonces con incógnitas palabras
Se hablan, se aplauden: con feroces gritos
A mí se acercan, me señalan, rien...
Yo las hablo otra vez, y en raudo giro
Entre la oscuridad desaparecen.
Una llevaba con furor asido

Un puñal, otra un cetro soberano,
Y otra con ademanes expresivos
Una serpiente lívida abrazaba.
Volaron todas tres á este edificio,
Y todas tres huyendo por los aires
Dirigen estas voces á mi oido:
"Macbé, tú serás rey." Hablar intento,
Y mi lengua se hiela... Yo concibo
De repente esperanzas criminales.
¡Tan distante del trono apetecido,
Cómo podré llegar á conseguirle!
Un fatal porvenir temblando miro.
En mi inocencia en fin, en mis hazañas
Mi tímida virtud halla motivo
De alentar mi esperanza: yo buscaba
Un defensor enérgico en mí mismo.
Ya empezaba á gozar algun descanso,
Cuando siento de pronto estremecido
Debajo de mi mano ensangrentada
Un cuerpo humano palpitar herido...
Era, que yo en las sombras de la noche
Sin compasion, en un oculto sitio,
A nuestro rey Duncan asesinaba
A puñaladas en su lecho mismo.

ESCENA V.

MACBÉ, DEMETRIA, GUILLERMO.

GUILLERMO.

El rey, señor, sin guardias ni aparato
Al punto va á llegar á este recinto.

MACBÉ (1).

¡El rey!

DEMETRIA (2).

¡El rey!

GUILLERMO.

Adolfo le acompaña;
Y ambos, señor, en vuestro alcazar mismo
Por esta noche descansar desean (3).

ESCENA VI.

MACBÉ, DEMETRIA.

DEMETRIA.

Macbé, sin mas tardanza es ya preciso
Que te adelantes á esperarle.

MACBÉ (4).

Vamos.

---

(1) Sobresaltado. (2) Aparte con alegría. (3) Vase. (4) Con turbacion, y yéndose por la parte opuesta por donde ha de salir.

DEMETRIA.

Aguarda..... ¿ Dónde llevas distraïdo
Tus pasos?

MACBÉ (1).

¡ Es verdad ! Vamos, Demetria,
Entrambos con respeto á recibirlo.

ACTO TERCERO.

Son las dos de la mañana. El teatro estará iluminado solamente con el débil resplandor de una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

DEMETRIA.

¡Cuando todos en brazos de la noche
Debajo de estas bóvedas descansan,
Solo mi esposo á consultar se atreve
Sus lóbregas tinieblas! ¿Qué esperanzas,
Qué designios ocultos, qué temores
Su corazon agitan? En su alma

(1) Volviendo en sí.

Finaliza Macbé la ansiada empresa,
Cuya imagen terrible le acobarda.
¡Ah! Si abrasase la ambicion su pecho
Y esta sed de reinar que á mí me abrasa!....
¡Si osára....! ¿Mas, qué digo? Él es cobarde,
Solo muestra valor en las batallas.
¡Vanamente sus tímidos deseos
El esplendor de la corona inflama!
Solo esperarla sabe, mas no asirla:
No hay en su pecho la inflexible audacia
Que los grandes delitos necesitan,
Pues cuando debe herir, duerme su espada.
No ha mucho le observé: se estremecia
Al mirar en sus manos una carta,
Que guardó sin abrirla... Yo le he visto
Trémulo vacilar á estas palabras:
"El Rey se acerca....." Sí, no tiene duda,
Una empresa le agita extraordinaria.
Delatores á veces son los sueños
De nuestras intenciones y esperanzas.
Por mas horror que nos infunda el crimen,
Mas imperiosa la ambicion nos manda:
Temer su ejecucion, es cometerle;
Y al criminal en sueños, poco falta
Para serlo en verdad. No desespero:
Sepamos lo que encierra aquella carta

Que le estremece.... Pero aquí se acerca:
Yo sabré la verdad que tanto calla.

ESCENA II.

DEMETRIA, MACBÉ.

DEMETRIA.

Dime ¿por qué cuando reposan todos
En profundo silencio, tus pisadas
Diriges á este sitio? ¿Por qué ocultas
El dolor que tu pecho despedaza?

MACBÉ. (1)

¡Dioses!

DEMETRIA.

Permíteme que yo te explique
Esos suspiros. Junto al rey descansa
Adolfo, aquel traidor, en blando sueño,
Y esto á Macbé despierta y sobresalta.
Con pesadumbre ves que un ambicioso
Que detesta tus ínclitas hazañas
Goce el favor del rey, cuya diadema
Ha restaurado tu invencible espada;
Que desprecie.....

MACBÉ. (2)

Allí duermen..... ¡Y permite

(1) Suspirando. (2) Señalando al aposento dond duerme Duncan.

La bondad excesiva del monarca
Que á su lado repose aquel perverso!
Yo debiera.....

DEMETRIA.

Lo sé..... su envidia insana
Satisfacerse solamente puede
En tu sangre: yo temo que su saña
Algun dia en tu esposa y en tu hijo.....

MACBÉ.

Para ese golpe atroz que te acobarda
No es todavía rey.

DEMETRIA.

Lo será pronto.

MACBÉ.

¡Demetria....! Podrá serlo. Las palabras
Astutas del traidor, y los discursos
Con que hacer sospechosos procuraba
Al rey mi celo y mis servicios, quiso
Revelarme Norfór: ya comenzaba,
Cuando súbitamente interrumpido.....

DEMETRIA.

Pues bien, aquí lo que saber te falta
Mi lábio te dirá..... Pero yo advierto
Tu agitacion: parece que tu alma
Con el peso agobiada de un designio.....
¿Qué meditas, Macbé?.... Responde.

MACBÉ.

Nada.

DEMETRIA.

Algun pesar te aflige: ¿acaso el sueño
Que tuviste despues de la batalla
Ocupa tu interior?

MACBÉ.

Algunas veces
Su prediccion mi pecho sobresalta.

DEMETRIA.

¿Recibiste tal vez alguna nueva
Funesta?

MACBÉ.

Solo recibí una carta.

DEMETRIA.

¿Y qué dice?

MACBÉ.

No sé: no quise abrirla.

DEMETRIA.

Si acaso es importante..... ¿por qué causa
La olvidas indolente?

MACBÉ.

Porque hay dias
De abatimiento y de tristeza amarga
En que el hombre mas firme apenas puede
De su existencia soportar la carga,

Ni sacudir del corazon el miedo
De los presentimientos que le asaltan.
¡Mientras sufrimos un mortal disgusto
Con cuánta lentitud las horas pasan!
¡Qué larga es esta noche!

DEMETRIA.

¿Y cómo olvidas
Lo que la suerte en tu favor acaba
De ejecutar? El cetro soberano
Mas cerca está de tí.

MACBÉ.

Mis esperanzas
Aún permanecen: lo demas ignoro.

DEMETRIA.

Entre Macbé por fin y entre el monarca
Tres herederos solamente quedan.
¡Quién sabe si el destino te prepara....!

MACBÉ.

¡Duda fatal, que sin cesar me oprime!
¡Si el porvenir mi sueño confirmára....!
Una esperanza oculta me lo afirma.

DEMETRIA.

Y otro oráculo nuevo.

MACBÉ.

¿Cuál es?.... Habla.

DEMETRIA.

He querido salir de incertidumbre.
Ifictona ya sabes que declara
Lo que ha de suceder.....

MACBÉ.

¡Cielos! ¿Acaso
Te atreviste, Demetria, á consultarla?

DEMETRIA.

¿Y por qué te estremeces? Ahora mismo
De ella me he separado. Sus palabras
Sobre tu suerte la verdad dijeron.
Parecia que ante ella te miraba,
Que los dioses tus hados la decian;
Y sus ojos, que vieron tus hazañas,
Te seguian al templo de la gloria.
"Macbé (dijo Ifictona) en las batallas
»Has ceñido tu frente de laureles:
»El cetro de tu rey solo te falta.
»Ahora los cielos por mi voz te anuncian
»Que muy en breve á Escocia afortunada
»Tus leyes dictarás: mi cetro augusto
»No sella la mentira. Ya te aguarda
»La corona rëal: recuerda el sueño.
»Reina, reina, Macbé."

MACBE.

Ya disipada

Está mi duda: así se manifiesta
El poder del destino en sus palabras.
"Acuérdate del sueño....." ¡Sacros dioses!
¿Qué deidad de los cielos soberana
La reveló tan asombroso sueño?

DEMETRIA.

No te olvides de ver aquella carta.
Me llena de inquietud, si por ventura
Algun secreto interesante guarda.

MACBÉ.

Voy á verlo, Demetria, y al momento
Sabrás lo que contiene..... "Ya te aguarda
"La corona rëal." (1)

ESCENA III.

DEMETRIA.

Ya le seduje:
El trono al fin su corazon inflama.
¡Cielos! Si Claudio con su justa muerte
En el suplicio la traicion pagára;
Si el intrépido Herfór, de las heridas
Pereciese tambien, solo quedaba,
Despues de muerto el rey, para su trono
Un traidor que primero le ocupára!....

---

(1) Vase.

Pero está en nuestras manos.... que perezca:
Ni á Adolfo, ni á Duncán ninguno salva.
Yo acabaré lo que empezó la suerte,
Conduciendo los dos á nuestro alcazar.
Su sueño será eterno: el régio cetro
En manos de Macbé verá mañana
Este palacio.... ¡El cetro, la corona
Es el único bien que anhela el alma!...
Vive y reina, Macbé. Sacras deidades,
Su espíritu inflamad en la venganza.
Si se inclina al delito, le ejecuta....
¡Hijo mio, qué dulces esperanzas
Mi corazon agitan! Algun dia
Llegarás á ser rey.....

ESCENA IV.

DEMETRIA, MACBÉ.

DEMETRIA.

Dime, la carta
¿Qué encerraba por fin?

MACBÉ.

Claudio no vive.

DEMETRIA.

Qué es lo que escucho!

MACBÉ.

Su traidora infamia

Con la vida pagó: favorecia
Al pérfido Cadór.

DEMETRIA.

¿Y cómo se halla
El intrépido Herfór de sus heridas?

MACBÉ.

En este instante de morir acaba.

DEMETRIA.

¿Los dos?

MACBÉ.

Los dos.

DEMETRIA.

¡A un tiempo!

MACBÉ.

Sí.

DEMETRIA.

Ya queda
De tí al trono rëal menor distancia.

MACBÉ.

Me llenas de terror..... ¡Cielos! Huyamos.

DEMETRIA.

¿Por qué de esa manera te acobardas?

MACBÉ.

Porque duermen.

DEMETRIA.

Macbé, los dos velamos.

Ese sueño..... la noche oscura y larga.....
¿Me entiendes?

MACBÉ.

Sí.

DEMETRIA.

¡Macbé!

MACBÉ.

¡Demetria!

DEMETRIA.

Escucha.....
Allí duermen Adolfo y el monarca.....
¿Cuando despertarán?

MACBÉ.

Mañana.

DEMETRIA.

Nunca.
El instante llegó..... Macbé, repara
La diadema: la suerte te la ofrece;
Pero tu brazo solo ha de alcanzarla.
Ha tiempo que el decreto del destino
Un presagio infalible me anunciaba.
Él ha previsto ya tan justo golpe,
Y bajo del puñal que les amaga
Adormeció tus víctimas..... Al trono
De muerte en muerte rápido te ensalza.
Mira que el tiempo presuroso vuela:

Mientras duerme Duncán eres monarca,
Y si despierta quedarás vasallo.

MACBÉ.

Pero la gratitud, la virtud clama:
El honor mismo..... Un rey amigo y deudo,
Un anciano que duerme, aquí, en mi alcazar,
Descansando en mi fé: que si la vida
Por los contrarios viese amenazada,
"Ven, Macbé, á defenderme," clamaria....

DEMETRIA.

¡Qué! ¿los remordimientos en tu alma?....

MACBÉ.

Créeme, Demetria: sí; por nuestro hijo,
Por tí, por mí, la compasion me habla.....
Pero no tiembla el corazon en vano:
Le aterra el cielo.... ¡Adónde me arrastraba
Mi ceguedad! ¿Y mataré yo mismo
Al rey que he defendido en las batallas?
¡A qué precio compraba la corona!....
Mi hijo será feliz sin disfrutarla.
Y Adolfo..... goce en paz de los derechos
De mi hospitalidad jamas violada.
Si es bárbaro y traidor, si le consume
La envidia de mis triunfos y mi fama,
Yo no debo imitarle, nó..... Volvamos
Otra vez la virtud á nuestras almas,

Y sin remordimientos lograremos
Ver, Demetria, la luz de la mañana.

DEMETRIA.

¿Y Adolfo será rey?

MACBÉ.

¡Rey mi enemigo!...
Sí, la muerte de Adolfo es necesaria....
La del rey sin la suya inútil fuera,
Y el fruto de mi crimen malograba.
Era preciso hacer astutamente
Que las sospechas de la muerte infausta
De Duncán recayesen en Adolfo....
¡Y entonces fuera yo con nueva infamia
Calumniador á un tiempo y homicida!....

DEMETRIA.

El pueblo facilmente le juzgára
Autor del crimen: todos le aborrecen;
Y, heredero inmediato del monarca,
En él sin vacilar sospecharían.

MACBÉ.

Siempre, de la ambicion arrebatada,
Otro objeto no ves que la corona.

DEMETRIA.

Yo soy madre, Macbé. La voz sagrada
De Ifictona y tu sueño al régio trono
A mi pesar mi corazon arrastran.

Primero quise del traidor Adolfo
El rencor evitar, y de su saña
A mi esposo librar, y al hijo mio.
Pero yo te confieso que si osada
Una vez solamente hubiera dicho,
"Quiero que la corona soberana
»Del infeliz Duncán ciña mi frente";
Aunque de fuerza varonil privada,
Me hubiera en mi designio acompañado
Mil veces mas valor y mas audacia
Que á tí mismo. No sé qué atroz castigo
Me diera el cielo en su fatal venganza;
Pero la empresa concebida, juro
Que yo hubiera sabido ejecutarla.

MACBÉ.

¿Qué pronuncias? Ignoras, infelice,
Ignoras que inviolable es y sagrada
La persona de un rey?

DEMETRIA.

Mas la corona,
El dominio, la pompa ¿de tu alma
No disipa el temor?

MACBÉ.

No, que los dioses
Siempre con diestra omnipotente guardan
Su sacra vida: á aquel que la desprecia

Su maldicion y su castigo alcanza.

DEMETRIA.

¡Qué débil ¡ay! tu corazon se muestra!
Si mi mano el acero fulminára.....

MACBÉ.

Ese golpe que temo ¿le darias
Sin terror?

DEMETRIA.

Sin terror: tranquila el alma.

MACBÉ.

¿Y sin remordimientos?

DEMETRIA.

Sí, ¿que dudas?

MACBÉ.

¡Tú, sin remordimientos!.... ¿Qué es lo que hablas?

DEMETRIA.

Me retiro de aquí.... Norfór de todo
Informarte podrá.

MACBÉ.

Detente, aguarda.

DEMETRIA.

¡Macbé....!

MACBÉ.

Demetria, dime por tu hijo....

DEMETRIA.

Pues bien: Duncán á quien salvó tu espada,
A quien diste la vida y el imperio
Derramando tu sangre en las batallas;
El que amistad fingiendo aquí ha venido
Y duerme con Adolfo en esa estancia,
Ese Duncan.....

MACBÉ.

¡Yo tiemblo al escucharte!

DEMETRIA.

En su fatal rencor la ilustre fama
Quiere ofuscar de un héroe que detesta:
Y en tanto que la muerte te prepara,
Entre torpes cadenas oprimido
Tenerte oculto en este mismo alcazar.

MACBÉ.

No ha despertado aún..... Príncipe ingrato,
Y pérfido, tu muerte está cercana,
Pues vivo yo.

DEMETRIA.

Modera esos furores.

MACBÉ.

Corre al momento silenciosa y cauta
A ver si yacen en profundo sueño..... (1)

---

(1) Vase Demetria.

ESCENA V.

MACBÉ.

¡De esta manera premia mis hazañas!
¡La sangre que he vertido en su defensa
Se vuelve contra mí! ¡Su mano airada!....
No hay que dudar, salvemos nuestro hijo.
A un golpe tan atroz mi brazo arrastra
La suerte misma, y ella este homicidio
Ha decretado ya..... Muera el monarca.
Bóvedas silenciosas, noche oscura
Aumenta mas tu lobreguez infausta,
Y oculta en tu silencio para siempre
Hasta el leve rumor de mis pisadas.
Llegó el fatal momento.

ESCENA VI.

MACBÉ, DEMETRIA.

DEMETRIA.

Todos duermen,
Macbé.

MACBÉ

¿Quien es?

DEMETRIA.

Yo soy.

MACBÉ.

¿Fuiste á la estancia
Del rey, Demetria?

DEMETRIA.

Sí: la puerta queda
Entreabierta no mas. Al punto marcha,
Que todo favorece tus designios.

MACBÉ.

¿Y su sueño?

DEMETRIA.

Es profundo.

MACBÉ.

¿Oyes?... Aguarda.

ESCENA VII.

MACBÉ, DEMETRIA, GUILLERMO.

GUILLERMO.

Ahora mismo, Señor, los partidarios
De Magdonél y de Cádor acaban
De asaltar el palacio. Sus guerreros
Por todas partes entran y amenazan
A la vida del rey, y á la de Adolfo.
El peligro evitad que les amaga.
Venid.

MACBÉ.

Corre á las armas: ya te sigo. (1)

ESCENA VIII.

MACBÉ, DEMETRIA, GUILLERMO.

DEMETRIA.

Por nosotros la suerte se declara.....
A su furor las víctimas dejemos:
Ellos van por nosotros á inmolarlas;
Pero si de su acero se libertan,
El tuyo debe herirlas....

GUILLERMO. (*fuera*)

¡A las armas!

DEMETRIA.

El palacio acometen: vamos luego.....
Es forzoso.... ¿Vacilas?

MACBÉ.

No!

DEMETRIA.

¿Qué aguardas?

MACBÉ.

¡Dioses! ¿qué dudo? Sí, suena en mi mente
La voz del rey que mi valor reclama.....
A defenderle voy (2).

(1) Vase Guillermo. (2) Se dirige al aposento del rey.

DEMETRIA. (1)

¡A defenderle....!
Voy á seguirle y dirigir su espada
Al crimen venturoso, que á mi frente
Ofrece la corona soberana (2).

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DEMETRIA, GUILLERMO.

GUILLERMO.

El dolor, el desorden, el espanto
Por todas partes en el pueblo reinan.
Tan alevoso crimen les confunde.
Dicen que ven vagar las sombras régias
De Adolfo y de Duncan, y al mismo tiempo
Que lamentan su fin, tambien celebran
El brazo que arrojó los asesinos
Vengando su maldad.

DEMETRIA.

A su defensa
Voló entonces intrépido mi esposo

(1) Aparte. (2) Vase siguiendo á Macbé.

Con el acero en la terrible diestra;
Mas no era tiempo ya, que los malvados
Habian saciado su venganza horrenda.
Bañados en su sangre el rey y Adolfo
Espiraron á un tiempo en su presencia.
Tú le viste despues, ardiendo en ira,
Acometer las tropas y vencerlas....
Triste, abismado en su dolor, ahora
La muerte de Duncan llora y lamenta.

GUILLERMO.

Todos los escoceses conmovidos
Aplauden su valor: todos desean
Elegirle por rey, y acaudillados
De Dolvan á ofrecerle la diadema
En breve llegarán.

DEMETRIA.

Cuida, Guillermo,
Que sin tardanza recibidos sean (1).

ESCENA II.

DEMETRIA.

No hay duda, no: favoreció la suerte
Mi soberbia ambicion. Nadie sospecha
Que fue mi esposo el bárbaro asesino

---

(1) Vase Guillermo.

De Duncan y de Adolfo. Las tinieblas,
El ruido de las tropas enemigas
Asaltando el palacio á viva fuerza
La confusion, el miedo, y el desorden,
Todo ha favorecido mis ideas.
Pero mi esposo.... ¡Cielos! cual temblaba!...
¡Obstinada piedad!.... Si con destreza
No le inspiro colérica venganza,
De mi furor entrambos se libertan.
Rey de Escocia es Macbé.... Mas es preciso
Disipar el terror que le enagená,
Calmar su frenesí: nuestro delito
En un momento descubrir pudiera....
¡Cielos, qué miro! Él es: sobresaltado
Y ciego de terror aquí se acerca.

ESCENA III.

DEMETRIA, MACBÉ.

MACBÉ (1).

¡Siempre allí! ¡Qué testigo! Retiradle.
Huyamos..... ¡Otra vez!.... En esa puerta,
Manifestando la sangrienta herida,
A detenerme airado se presenta....
No me persigas mas..... ¡Desventurado!

(1) Creyendo ver la sombra de Duncan.

¿Donde me ocultaré? ¡Donde!.... Quisiera
No verme yo á mí mismo.... En todas partes
Vestigios de su muerte me rodean....
¡Qué horrible padecer!... Si yo pudiese
Gemir, llorar.... Mis lágrimas acerbas
Alcanzáran perdon.... Al cielo santo
Voy á rogar.... Concede tu clemencia...
¡Calla, asesino, calla! Esa plegaria
En tus lábios sacrílegos se hiela.

DEMETRIA.

¿Donde imprudente tu dolor te arrastra?
¿Una ilusion no mas así te aterra?
¿La imagen de un cadaver, una sombra?....
Vuelve, vuelve en tí mismo: considera
Que dentro de un momento el pueblo todo
Aquí debe llegar.

MACBÉ.

Dime, perversa,
¿Qué hiciste de Duncan? Responde.

DEMETRIA (1).

¡Cielos!
¡Qué delirio!

MACBÉ.

Responde.

---

(1) Aparte.

DEMETRIA.

¿Y tú, no tiemblas
Que ese terror inspire algun indicio
De la muerte del Rey? Macbé, serena
Tu agitacion, recobra tus sentidos.

MACBÉ.

No, mi espada no fue la que sangrienta
Le dió el golpe mortal, porque en mi pecho
Gritó la compasion. Tú, muger fiera,
Tú, poniendo el acero entre mis manos,
Le atravesaste el corazon.... Debiera
Con tu muerte....

DEMETRIA.

Pues bien, bárbaro, hiere,
Extingue ese furor que te enagena
En mi vida. Si vuelves en tí mismo
Yo no me quejaré.

MACBÉ.

Pues con presteza
Deten toda esa sangre que me inunda,
Arráncame del pecho con violencia
El corazon, que mi espantoso crimen
Devora sin piedad: al punto aleja
De ahí ese anciano palpitando: quita
Ese lecho sangriento que aun humea:
Quítame mis terrores, mi agonía,

Y aquesta mano que de horror me llena.

DEMETRIA.

¡Dioses!... (1) ¡Mas que rumor!... (2) Conten ahora
Ese terror fatal, que el pueblo llega.

ESCENA IV.

Los precedentes, *DOLVAN*, *GRANDES*, *SOLDADOS*, *PUEBLO*, *&c.*

DOLVAN (3).

Ya no existe Duncan: aquí te entrego
El libro de la ley y la diadema.
Él te asegura el trono de la Escocia,
Y tu sagrada obligacion te enseña.
Aqueste libro inexorable siempre
El baldon ó la gloria te presenta.
Mas la sangre del rey pide venganza.
Con fervientes plegarias la tremenda
Justicia de los dioses imploremos:
Que sin piedad su omnipotente diestra
Persiga al asesino, y que no deje
Impune su maldad sobre la tierra.
Estos los votos son del pueblo todo.

---

(1) Se oye rumor. (2) A Macbé con eficacia.

(3) A Macbé presentándole la corona y el libro de la ley.

Ahora recibe, pues, la insignia régia
Del poder soberano de la Escocia
Que los cielos benéficos te entregan.
Dignaos propicios, sacrosantos dioses,
Bendecir en su frente la diadema.

MACBÉ (1).

¡Ay! yo no puedo con mi infame labio
Rogárselo.

DEMETRIA (2).

¿Qué dices?

DOLVAN (3).

Considera
Que aquí la libertad siempre hermanada
Con la fidelidad y el honor reina:
Que la pompa marcial es la que debes
Amar solo: que el rey en estas breñas
No es mas que un general en las batallas:
Que este libro prohibe que concedas
Al delito perdon: que no hay ninguno
Para el traidor: que siempre se le niega
Al asesino. Advierte que ahora mismo
Te nombra por mi voz Escocia entera
Defensor de las leyes, no tirano,
Y que es fuerza que fiel las obedezcas,

(1) Aparte aterrado. (2) A Macbé á media voz.
(3) A Macbé.

Si tú pretendes ser obedecido.
Amamos el valor y fortaleza,
Mas sobre todo amamos la justicia.

MACBÉ.

Al cielo plegue, amigos, que yo pueda,
Como el recto Duncan cuando vivia,
Cumplir obligaciones tan supremas.
Si hay un mortal que llore su desgracia,
Y á quien la imagen de su muerte sea
Horrible y espantosa, creedme amigos,
Es al triste Macbé.

DOLVAN

Jura en presencia
Del gran pueblo Escocés, sobre este libro,
Que de hoy será tu obligacion primera,
Tu solo amor, el bien de nuestro imperio,
Obedecer la ley y defenderla.
Jura vengar la muerte del monarca,
Que toda Escocia con dolor lamenta:
Contra su matador alzar al punto
La espada de las leyes justiciera:
Perseguirle, y en fin que en el cadalso
Pague su atrocidad con la cabeza.

PUEBLO

Júralo.

MACBÉ.

Yo lo juro, sí..... Su muerte.....
(1) Huye de aquí fantasma que me aterras...
(2) Aparta..... ¿Qué me quieres?.... ¿Quién
te trajo
Del sepulcro á la vida? ¡Qué! ¿Deseas
Tú reinar otra vez? ¿Vienes ahora
A manchar en tu frente la diadema?
¿A presentarme tus cabellos canos
Tintos en sangre?

DOLVAN (3).

¡Cielos!

DEMETRIA (4).

Considera.....

MACBÉ.

¿No ha visto nunca crímenes el mundo?...
Por siempre los cadáveres la tierra
Guardaba en otro tiempo; pero ahora
En los palacios atrevidos entran.

DOLVAN.

¿De donde nace tan fatal delirio?....
Ese terror.....

---

(1) Con terror creyendo ver la sombra de Duncan.

(2) Con audacia. (3) Asombrado. (4) A Macbé aparte.

DEMETRIA.

No extrañes que padezca
Tan asombrosa turbacion: la muerte
De su rey y su amigo le enagena,
Y ese crimen atroz su mente ocupa.
(1) ¿Te hace temblar tan solo una apariencia?....
¡Un guerrero!....

MACBÉ.

Allí está ¿Le ves?.... Repara,
Allí.....

DEMETRIA.

Macbé, tu espíritu serena,
Recobra tu razon..... Dolvan, advierte
La agitacion mortal que nos rodea:
Compadece su mal y su desgracia.
Dejadnos solos ya: vuestra presencia
Tal vez excita su delirio.

DOLVAN.

Amigos
Vamos: obedezcamos á la reyna. (2)

---

(1) A Macbé aparte. (2) Vanse.

ESCENA V.

MACBÉ, DEMETRIA.

DEMETRIA.

Macbé, te desconozco: ¿y esposible
Que tu delirio contener no puedas?
En tu furor.....

MACBÉ.

¿Hablé?

DEMETRIA.

Sí.

MACBÉ.

¿Por desgracia
Me llegué á descubrir?

DEMETRIA.

Yo con presteza
Alejé felizmente los testigos.

MACBÉ.

¿De ese modo no saben por mi lengua
Que un asesino soy?

DEMETRIA.

Todos lo ignoran.

MACBÉ.

Ya respiro por fin..... (1) Mira, Demetria,

---

(1) Señalando á la corona, que estará encima de una mesa.

El objeto fatal de tus deseos.

DEMETRIA.

Consérvale Macbé..... Mas, gente llega.....

ESCENA VI.

Los precedentes, RICARDO, SABINO, GUILLERMO.

GUILLERMO.

Este anciano, señor, por tí pregunta.

DEMETRIA.

Respetable Sabino ¿qué deseas?

SABINO. (1)

Vengo á confiar, señor, á tus virtudes
Un secreto importante, que es ya fuerza
A todos declarar. Nuestro monarca,
El mísero Duncan la infancia tierna
Me dió á cuidar del príncipe Ricardo.
Para librarle de la saña fiera
Del vil Cador; de todos ignorado,
Siempre ha vivido oculto en nuestras selvas
Como uno de mis hijos. Este escrito
De mano de su padre manifiesta
Su nacimiento y su destino ilustre.
Al punto que llegó la fausta nueva

---

(1) A Macbé.

De tu glorioso triunfo y la derrota
De los rebeldes, cunducir me ordena
El príncipe á tu alcazar. Intentaba
Hoy entregarle las augustas riendas
Del imperio escocés; mas ya no existe.....
Tú pondrás en su frente la diadema
De su padre infeliz: él la merece.

MACBÉ. (1)

¡Cielos!

DEMETRIA. (2)

¡Este misterio!.... (3) ¿No fue cierta
Su muerte?

SABINO.

No lo fue. Con ese engaño
Salvó Duncan su vida y su inocencia
De la perfidia de Cador.

MACBÉ. (4)

No hay duda:
Sí, del mismo Duncan son estas letras.

DEMETRIA.

Tu sencillez, anciano venerable,
Anuncia la verdad: tranquilo espera:
El alma de mi esposo es generosa.

---

(1) Aparte. (2) Aparte. (3) A Sabino. (4) A Sabino despues de haber leido el papel.

(1) Vigilantes guardad todas las puertas:
A entrambos detened en el palacio (2).
(3) Macbé no es ambicioso; aunque pudiera
La corona agradarle, en este dia
Al hijo de Duncan será devuelta.

SABINO.

Conozco su virtud. Yo no pretendo
Que en el instante coronado sea
Este huérfano rústico y sencillo.
Al hijo del monarca entre esas breñas
Solo pude inspirarle las virtudes
Que la naturaleza nos enseña.
A tí, Macbé, te pertenece ahora
Mostrarle el libro de la ley suprema,
Enseñarle á reinar, y sus vasallos
A dirigir intrépido en la guerra.
Sus derechos, sus títulos, su vida
Pongo en tus manos hoy. De esta manera
Los pechos generosos se confian.

MACBÉ.

No te engaña, Sabino, esa franqueza:
Tus votos cumpliré. Ya que no vive
El infeliz Duncan, en recompensa

(1) Aparte á Guillermo. (2) Vase Guillermo.
(3) A Sabino.

De su virtud al príncipe Ricardo
Le conceden los cielos la diadema.

SABINO.

Señor, no hay que dudar: ha largo tiempo
Que me enseñó la edad y la experiencia
Que los dioses, á veces en los hijos
La virtud de los padres recompensan.
Ellos han sido con el rey severos,
Y su amor en el hijo manifiestan.
Compañera de un héroe generoso,
El cielo te hizo madre: considera
Que el premio que merezcas ó el castigo
Los dioses á tu hijo le reservan.
Su venturosa suerte ó su desgracia
De tí depende solo. (1)

ESCENA VII.

DEMETRIA, MACBÉ.

DEMETRIA.

Di ¿qué piensas?
¿Qué resuelves, Macbé? ¿Te agrada el cetro?
Ya que tu mano le alcanzó resuelta,
Cuando le empuñas ya ¿vas á volverle?

MACBÉ.

¡Tan pronto!

(1) Vase con Ricardo.

DEMETRIA.

No!.... Determinar es fuerza
Sin perder un instante. Facilmente
Le podemos guardar.

MACBÉ.

¿De qué manera?

DEMETRIA.

Ese papel que tienes en tu mano
Es el único título que alega:
Puedes reinar sin derramar mas sangre.

MACBÉ.

Tienes razon.

DEMETRIA.

Ya ciñes la diadema:
Consérvala quemando ese billete.
La noche ha sepultado en sus tinieblas
La muerte de Duncan. Ninguna causa
Tienes para dudar..... Nadie sospecha
En tí.

MACBÉ.

¿Ninguno?

DEMETRIA.

No: nada receles.
Tú verás á Ricardo sin violencia
A su rústico hogar volver gozoso.....
Y despues de los males de una guerra

Tan bárbara y cruel, pide la patria
Un rey que su esplendor la restablezca.

MACBÉ.

Yo lo quisiera al menos..... ¿No me has dicho
Que con Adolfo el rey tenia dispuesta
Mi muerte?

DEMETRIA.

Sí: Norfor juró mil veces
Que la miraba inevitable y cierta.
¿Aún se estremece de terror tu pecho?

MACBÉ.

¿Volverá á perturbarme con frecuencia
Esa imagen del rey?

DEMETRIA.

Debes temerlo.

MACBÉ.

¿Ves, Demetria, mi mano como tiembla?
Este billete por Duncan escrito
Mi sobresalto y mi temor renueva.

DEMETRIA.

La menor ilusion puede excitarlos.
Si has de ceder al fin sin resistencia
A un súbito terror, querido esposo,
Ese billete sin dudar me entrega.

MACBÉ (1).

No: yo lo guardaré. Sin resolvernos,
Calmemos hoy la agitacion violenta
De nuestro corazon..... Despues tranquilos
Consultaremos lo que hacer convenga. (2)

ESCENA VIII.

DEMETRIA.

Guarda, guarda el billete: no le temo.
A tu pesar evitaré que pueda
Serme funesto á mí y al hijo mio:
Yo tengo el cetro y mi puñal me queda.
Su terror advertí..... Si ve esta noche
A Sabino y Ricardo bien pudiera
Salvarlos sin rumor. No haya tardanza;
Mi obra en entrambos consumada sea.
Ya se acercan las sombras de la noche.....
¿Qué brazo he de elegir para esta empresa?...
¿Qué matador?.... Ya está previsto todo.
Reynemos de una vez..... Estoy resuelta.....
Siga el hijo á su padre. Ningun riesgo,
Ni dolor, ni castigo me amedrenta:
No reinar es el único que tiemblo.
Amando el trono todo se desprecia.....

---

(1) Despues de vacilar un momento. (2) Vase.

Piensa en Duncan, Macbé: yo soy la misma.
Si me obligase el hado á que escogiera
Entre tí y la corona, el bien mas grande
Sin dudar un momento prefiriera.
¿Pero qué dijo con feroz semblante
Aquel adusto anciano? ¿Qué sentencia
Su lábio pronuncio? Que el cielo debe
Mi castigo fatal ó recompensa
Destinar sin remedio al hijo mio.
¿Y estas palabras, qué misterio encierran?
" El cielo te hizo madre...." Me estremezco.
Entonces ¡ay! la sangre de mis venas
De repente se heló: me parecia
Que un puñal invisible con violencia
Rompia mi corazon..... ¡Ah! Desechemos
Ese vano terror que me atormenta.
¡Volver el cetro! Nunca. Es necesario
Antes que nadie sospecharlo pueda
Ejecutar el golpe, y si es forzoso
Mi brazo mismo acabará la empresa.

ACTO QUINTO.

Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MACBÉ.

¡Cielos! ¿en donde estoy? ¿en donde? Solo,
De oscuridad cercado y de silencio,
Estas lóbregas bóvedas perdido
Voy con trémulos pasos recorriendo.
Una inquietud mortal mi pecho agita.
¡Macbé!.... Ya no lo soy.... En otro tiempo
Un Macbé conocí, noble, valiente,
Defensor de su rey y del imperio.....
¡Si yo volviese á ser el que antes era!....
Jamas, Macbé, jamas: ya no hay remedio.
He aquí la mano atroz que derramando
Aquella sangre me robó el sosiego.
Donde quiera Duncan mis pasos sigue.....
¡Qué amarga situacion!.... Cuando sereno
Allí duerme su hijo, para siempre
Se aleja de mis párpados el sueño.....

Voy el mio á abrazar..... ¡Ay! ¿qué
pronuncio?
No, á la inocencia pura yo no puedo
Acercarme..... Tal vez para tí solo
Los cielos el castigo que merezco
Quisieron reservar..... El hombre nunca
Fue impunemente bárbaro y perverso.
Los dioses vengadores le persiguen:
En vano, circundándonos el velo
De la atezada noche, procuramos
Su castigo evitar. En el momento
De los delitos su justicia duerme;
Pero despues con espantoso ceño
Aparece terrible amenazando
Con la espada inflexible nuestro cuello.
¡Qué duro es arrastrar amargos dias
Sin ver jamas objetos alhagüeños,
Pasar la noche silenciosa y larga
En delirios mortales y tormentos,
Y sin poder del alma traspasada
Arrancar el atroz remordimiento.
Mas valiera que libres del delito,
En vez de nuestra víctima, en su centro
Nos guardára el sepulcro..... Allí seguro
No te aqueja Duncan el torpe miedo,
Cador y Claudio para tí no existen,

Ni ya te alcanza su traidor acero.
¡Cuánto envidio tu suerte!.... Vengativo
No implores, no, la cólera del cielo:
Dejándome vivir vengado quedas.....
¿Y mi angustia y dolor serán eternos?
¿Entre el mando y la pompa, mi delito
Y mi pesar devorarán mi pecho?
¡Detestable ambicion!..... De mí alejaste
La virtud y la paz..... Abandonemos
Para siempre este infausto poderío.....
Volvamos la corona al heredero.....
Mi esposa criminal tranquila duerme:
Ignóre pues mi generoso intento.
Yo tiemblo su furor..... Todo está pronto:
Dolvan vendrá aquí mismo con el pueblo....
Pero el príncipe llega.

ESCENA II.

MACBÉ, RICARDO, SABINO.

MACBÉ.

¿Por qué causa,
En medio de las sombras y el silencio
De la noche, te acercas á este sitio?

RICARDO.

¡Ay de mí!

MACBÉ.

¿Donde vas?

RICARDO.

Reinar no puedo:
Permíteme salir de este palacio.

MACBÉ.

Pero tuyo es el trono.

RICARDO.

Le detesto.
No quiero abandonar mi humilde choza.

MACBÉ.

¿Quién te ocasiona ese pesar acerbo?

RICARDO.

El buen Sabino, mi segundo padre.

MACBÉ.

El tuyo fue Duncan.

RICARDO.

¡Ah! si los cielos
Le hubieran mas benignos concedido
En una clase humilde el nacimiento,
Al puñal de un traidor no pereciera.

MACBÉ.

Ten compasion del criminal: su pecho
Atroz remordimiento despedaza.

RICARDO.

Y dime ¿qué es atroz remordimiento?

MACBÉ.

Yo pudiera explicártelo..... Ricardo
No lo sepas jamas..... ¿Y qué deseo,
Quá atractivos te arrastran á las selvas?
¿Qué bien puedes hallar en los desiertos?

RICARDO.

La paz del corazon.

MACBÉ.

(1) ¡Ay!.... ¿Qué placeres
Disfrutabas allí?....

RICARDO

Vivir esento
En plena libertad, gozar tranquilo
De igualdad con mis bravos compañeros,
Vencer con el trabajo la pobreza,
Defender la inocencia de los riesgos
Con mi fuerza y valor, y muchas veces
Ofrecer al perdido pasagero
Dulce hospitalidad, seguro asilo.....

MACBÉ.

¡Dioses!

RICARDO.

De nada sirve en los desiertos
La riqueza y el fausto. Libremente

---

(1) Aparte suspirando.

Usaba yo mi agilidad y esfuerzo;
Y el corazon en el humilde alvergue
A donde me llevaron, satisfecho
Una facil ventura disfrutaba.
Sabino me ha enseñado con su ejemplo
A soportar sin pesadumbre el yugo
Por la naturaleza al hombre impuesto.
Mis breñas son mi amor: siempre mis ojos
Verán llorando los palacios régios.

MACBÉ.

Pero la Escocia al fin te llama al trono.

RICARDO.

Tú, Macbé, reinarás con mas acierto.
A mí no me enseñaron de los reyes
Los deberes terribles y supremos.
Solo sé manejar el arco y flechas.....
¿Podré jamas tener atrevimiento
Para subir al trono?

MACBÉ.

Por lo mismo
Eres mas digno tú de poseerlo.
Criado en la pobreza y entre rocas,
La verdad á tu lado puso el cielo.
Nunca la adulacion del cortesano
Inflamó con el trono tus deseos.
Allá en la oscuridad de tu retiro

Habrás pensado de tan árduo empleo
En la sagrada obligacion..... Es fuerza
Ser valiente, piadoso y justiciero.
¿Hay acaso destino mas hermoso?
Sigue el impulso de tu noble pecho,
Y la antorcha será que te ilumine.
Si amas, Ricardo, el bien de nuestro imperio,
Si sabes defenderle, te ha enseñado
Tu corazon la ciencia del gobierno.
El pueblo por tí clama, y es forzoso
Obedecerle..... Sí, yo mismo quiero
Ponerte la corona..... (1) Todavía
Soy el mismo Macbé. ¡Feliz momento!
Gracias os rindo, oh dioses, que á mis ojos
Vuelven las tiernas lágrimas de nuevo.

RICARDO.

¡Gimes la desventura de mi padre!
Peleaste en su defensa con denuedo,
Y le lloras tambien.....

MACBÉ.

Creeme, Ricardo:
Necesito llorar..... Ahora en silencio
Todo el palacio sumergido yace:

---

(1) Aparte enagenado.

La noche va á espirar..... Al punto vuelvo:
Esperadme los dos en este sitio.
Demetria duerme allí.... (1) Mirad: os ruego
Que no la desperteis; inadvertidos
No interrumpais á mi pesar su sueño,
Aunque afanoso y turbulento sea;
Que muchas veces en el blando lecho
Al monarca mayor durmiendo agitan
Quizá del dia pasado los recuerdos (2).

ESCENA III.

RICARDO, SABINO.

RICARDO.

¡Qué nos querrá decir!

SABINO.

Ya que los dioses
Lo han decretado así, recibe el cetro
De mano de Macbé.

RICARDO.

Será forzoso.
¡Ay, que tristes cuidados vendrán luego
A agitarme!

SABINO.

Ricardo, me parece

(1) Misteriosamente. (2) Vase.

Que oigo gemir, hablar..... Guarda silencio.
No hay que dudarlo: por aquella parte (1)
Es preciso que vayas al momento
A observar cuidadoso y recatado (2).

ESCENA IV.

SABINO.

¿Qué pretende Macbé? ¿Con cuál intento
En este sitio nos mandó esperarle?
¿Por qué rogó con misterioso acento
Que el sueño de su esposa inadvertidos
No turbásemos? ¡Dioses! ¡Qué recelos,
Qué sobresalto mi interior agita!—
A mi pesar estremecido tiemblo.....
He advertido que sigue nuestros pasos
Y nos espía sin cesar Guillermo.....
Los soldados tambien mas vigilantes
Guardan las puertas del alcázar..... ¡Cielos!
Si ambiciosa tal vez querrá Demetria
Para siempre ocupar el trono régio
Del mísero Duncan!.... ¡Tremendo dia!
Yo no sé qué fatal presentimiento
Me oprime el corazon..... Nuevos horrores,

(:) Señalando á la habitacion de Demetria.
(2, Vase Ricardo á la habitacion de Demetria

Y desgracias y crímenes preveo.
¡Tened piedad, oh dioses!

ESCENA V.

RICARDO, SABINO.

RICARDO (1).

¡Padre mio!

SABINO.

¿Qué sucede, Ricardo?

RICARDO.

¡Hablar no puedo!

SABINO.

¿Qué es lo que has visto, dí?

RICARDO.

¡Dioses!.... Demetria,
Demetria..... ¡No, jamas sintió mi pecho
Tan profundo terror!.... Padre, la he visto,
De una pálida luz á los reflejos,
Sentada junto al lecho de su hijo,
Esparcido sin órden el cabello,
Desencajado el rostro y poseida
De un angustioso y delirante sueño.....
Agitada suspira, habla, razona:
Manifiesta en su vista y sus acentos

(1) Sobresaltado.

La desesperacion: tiene en su mano
Un desnudo puñal.....

SABINO.

¡Sagrados cielos!

RICARDO.

Aun mas, Sabino, aun mas: escucha y tiembla.
Fulminando frenética el acero
Mi nombre pronunció. "Ricardo (dijo)
» Perecerás tambien: el aureo cetro
» Jamas empuñarás....." Mi muerte anela.

SABINO.

De admiracion y espanto me estremezco.

RICARDO.

Huyamos ¡ay! huyamos de esa furia....,
¡Quizá tambien de su puñal sangriento
Víctima fue mi desgraciado padre!

SABINO.

Desecha ese terrible pensamiento
De tu imaginacion..... A tí los dioses
Por un acaso singular quisieron
Libertarte.

RICARDO.

La vida de su hijo
Se halla, Sabino, en eminente riesgo.
Yo la ví ciega al pronunciar mi nombre
Alzando el brazo amenazar el pecho

Del infeliz: en su feroz delirio
El inocente morirá..... Volemos
A su socorro.

SABINO.

Sí: vamos al punto.....
¿Mas qué rumor estrepitoso siento?

ESCENA VI.

Los precedentes, MACBÉ, DOLVAN, GUILLERMO, GRANDES, SOLDADOS, PUEBLO *&c. Empieza á amanecer.*

MACBÉ.

Grandes, pueblo, soldados, habitantes
Del imperio de Escocia, aquí os presento
El hijo de Duncan desventurado:
Ricardo, cuyo ilustre nacimiento
Asegura Macbé. Reconocedle.....
Ese anciano que veis, en los desiertos
Conservó su niñez, y este billete
Firmado por su padre los derechos
Declara á la corona: yo y Sabino
Esta verdad, si es fuerza, juraremos.
Sí, nobles escoceses, la diadema
Es de Ricardo, y yo se la devuelvo.

DOLVAN.

¡Alma sublime!

SABINO.

¡Generoso rasgo!

MACBÉ.

Ese asombro que me honra no merezco:
Soy justo y nada mas..... Pero escuchadme.
Sabeis que apenas del contrario esfuerzo
Se vió libre Duncan, recuperando
Con la victoria el trono y el sosiego,
Cuando este ilustre huesped en mi casa,
En este alcázar pereció durmiendo
A manos de un traidor..... ¡Cuanto llorásteis
Su desgraciado fin!.... Yo he descubierto
El execrable autor de ese delito,
Y vosotros, bañados en contento,
Vereis al punto con su odiosa sangre
Vengado el rey á vuestros ojos mesmos.
A mostrárosle voy sin mas tardanza.....
Ese vil matador, ese sangriento.....

DOLVAN.

Acaba.

PUEBLO.

Dí quien es el asesino.

MACBÉ.

Yo mismo, yo, que anoche, allí, en su lecho
Con esta mano lo arranqué la vida (1).

---

(1) Todos manifiestan terror y asombro.

DOLVAN.

¡Es posible!

SABINO.

¡Macbé!

RICARDO.

¡Dioses supremos!

ESCEMA VII.

Los precedentes, DEMETRIA, con un puñal en la mano, asombrada, &c.

DEMETRIA.

¡Qué voces! ¡Qué rumor!.... ¿Pero qué miro?
¡En mi palacio congregado el pueblo,
Y grandes y soldados! ¿Por qué causa....?

SABINO.

A jurar á su rey aquí vinieron.

DEMETRIA.

¿A cual rey? ¿Qué pronuncias?....

SABINO.

Tiembla, impía:
De tus maldades fatigado el cielo
Ha descubierto tu feroz designio.
(1) Ved en su mano el criminal acero
Que al príncipe de Escocia amenazaba.

---

(1) Al pueblo.

Arrancádsele al punto (1). Tus intentos
Son inútiles ya: Ricardo vive....
Mirale aquí. ¿Le ves?

DEMETRIA.

Yo le aborrezco,
Y á tí, y á sus secuaces.....

DOLVAN.

Sella el lábio.

SABINO.

Respeta el soberano.

DEMETRIA.

Le desprecio;
Es un vil impostor, y tú un malvado.....
(2) No le creais jamas..... Herid su pecho....
Dadle todos la muerte.....

SABINO.

No lo esperes:
Muger infame, tu mayor tormento
Será verle reinar. Ya es tu monarca......

DEMETRIA.

¡Que rabioso furor!....

SABINO.

A tu despecho,
Por el pueblo escocés reconocido,

---

(1) La quitan el puñal. (2) Al pueblo.

De su padre Duncan empuña el cetro.
Expiarás tu maldad.

RICARDO.

En el cadalso
Serás de los malvados escarmiento.
Llevadla (1).

DEMETRIA.

No..... Macbé, su odiosa vida.....
Tu brazo..... (2)

MACBÉ.

Aparta, monstruo que detesto,
Nacido por mi mal. Tú arrebataste
Mi paz y mi virtud, por tí me veo
Manchado con la sangre de un monarca
Y execrado sin fin del mundo entero (3).
Guerreros, ya sabeis mi atroz delito:
No os acerqueis á mí..... Solo mi aliento
Emponzoñado y vil marchitaría
Vuestros nobles laureles y trofeos.....
¡Un regicida bárbaro!.... Escoceses,
Vuestras miradas soportar no puedo.....
Ni la luz, ni la noche, ni la vida:
Solo puedo morir.... ¡Dioses supremos!

---

(1) Algunos soldados rodean á Demetria. (2) Queriendo acercarse á Macbé. (3) Los soldados se llevan á Demetria.

Recibid esta sangre abominada
Que por mi mano pérfida os ofrezco (1).

DOLVAN.

¡Desgraciado Macbé!

SABINO.

¡Guerrero ilustre!
De horrible crimen espantoso ejemplo.

FIN.

(1) Se hiere y cae.

Representada en el coliseo del Príncipe en el año de 1818.